

patria nativa del gran Cardenal Mendoza, honra de España y gloria del mundo. Guadalajara, esta noche, alegre con ese fausto recuerdo, se engalana con los inmarcesibles laureles de uno de sus egregios hijos, y festeja, como tierna madre, en esta sencilla velada, el aniversario dichoso del insigne prelado que vió su luz primera el 3 de Mayo de 1428, dentro de sus blasonados y vetustos muros. La figura del gran Cardenal, llena páginas hermosas de uno de los períodos más poéticos de nuestra rica historia. La epopeya encantadora del reinado de Fernando é Isabel, esmaltada se halla por rasgos los más brillantes de nobleza, sabiduría, virtud y heroísmo de nuestro eminente prelado. Director áulico de la gran reina de Castilla, supo armonizar en su distinguida carrera político-religiosa la severidad de su ministerio, con el espíritu caballeresco de su siglo; y con el guion de primado en la mano, la caridad en sus acciones y la palabra evangélica en sus lábios, impulsó favorablemente su agitada época por el verdadero camino de la ilustración, del bien y perfeccionamiento social. Simbolizados en él la cortesía, el valor y la generosidad, fué la simpática personificación de las dos poderosas ideas que dominaron el postrer aliento de la entonces espirante Edad media; el heroísmo devoto y caballeresco en los espíritus; la fidelidad acendrada á su Dios, patria y Rey en los corazones. El objetivo constante del gran Cardenal, el ideal querido de todas sus empresas, fué siempre ver libre su patria de moriscos, árabes, judíos y demás gente extraña que, dueña hasta entonces de las más fértiles provincias bañadas por el pintoresco Bétis, impedían con su conquista establecer la ansiada *unidad* nacional y dificultaban realizar su completa *emancipación é independencia*. Su profunda fé religiosa, su lealtad acrisolada á los monarcas de Aragón y de Castilla, su apasionado cariño á su altiva y cristiana España, hicieron del gran Cardenal un dechado de buenos y fieles caballeros, un resplandeciente espejo de justos y valerosos adalides, un acabado modelo de nobles y virtuosos patricios. Estrechamente unidas la religión, las letras y las armas en ese tiempo de continua renovación político-social, vino á ser D. Pedro Gonzalez de Mendoza el más perfecto tipo del guerrero, del sábio y del prelado, que con la cruz redime y conquista, con la espada vence y domina, con la recta prudencia ordena y dirige. En lucha incesante la raza árabe con la española, el pueblo del desierto con el sucesor del latino-germánico, la religión musulmánica con la cristiana, el Corán con el Evangelio, una civilización local y de fuerza que se vá, con otra civilización de fraternidad y solidaridad universal que viene, brotaron de ese secular combate la libertad para España, la gloria para los Reyes Católicos, los honores del triunfo por su consejo y participación en él al

gran Cardenal. La magnífica iliada española terminó después de ocho siglos de un rudó pelear, con la toma del último y más formidable baluarte morisco, *Granada la bella*; y en lo más alto de sus gallardas torres tremoló majestuosa la plateada cruz del gran Mendoza donde ántes ondeaba soberbio el estandarte de Maliona, la aborrecida media luna. España hubiera sucumbido al ominoso yugo agareno, si la religión, la poesía, el espíritu caballeresco y el bélico fervor devoto de nuestros prelados, no sostuviera en la serie de esos sangrientos siglos, con su incansable celo y brioso ejemplo, el inquebrantable ánimo de los por otra parte indomables españoles, convertidos de ordinario en mártires de su patria, de su Dios y de su Rey. Con estas creencias y sentimientos purísimos de bravura y libertad, avivados por el genio cristiano de nuestros prelados, supieron hacer valientes á los más tímidos, nobles á los más humildes, caballeros á los más arrojados, guerreros á los más pacíficos; y en esa borrascosa pero inmortal reconquista de ochocientos años, asombraron al mundo con sus famosas hazañas, sus nunca vistas proezas, sus grandiosas y sorprendentes acciones. Gonzalez de Mendoza y la Reina Isabel fueron dos sublimes genios que en esa edad de regeneración social se unieron é identificaron para salvar á España de su anterior abatimiento y lamentable ruina. Gonzalez de Mendoza y la Reina Isabel, con su protección decidida al genovés Colon, hicieron surgir del fondo de los mares un nuevo mundo, que vino á ser la joya más preciosa, el mejor florón de la prepotente corona de Castilla.

Esos dos ilustres genios, enlazados en la soberana inspiración del bien de su patria y de sus pueblos, hicieron prosperar las letras, las artes, el comercio, el progreso moral y material; y bajo su doble manto de púrpura y armiño, apareció fecunda la paz pública, y cual riante aurora de bonanza pujante y vigorosa, la anhelada unidad religioso-política en nuestra querida España. Talavera, Quiroga, Cisneros, Gonzalez de Mendoza, con otros mil Obispos y Cardenales, ayudaron á conseguir esa honrosa victoria, y fueron eco fiel y encarnación constante de su puro amor por tan acariciado ideal. Ellos, por alcanzarle, emplearon su poderío, riqueza, talento y generosidad en aquellos pasados tiempos, como en los actuales ejecutan sus sucesores cuanto pueden en beneficio de su fé y de la civilización. No hay, en efecto, país alguno, que no ofrezca evidentes pruebas de esa generosidad, riqueza y poderío.

Echad una mirada por el ámbito de nuestra España, y no encontrareis un pueblo, una aldea, un camino, una ciudad, donde no brille esplendorosa la munificencia de esos opulentos personajes. Toledo, Sevilla, Granada, Salamanca, Leon, Santiago, Burgos, Alca-